

vieron revivir aquel primitivo espíritu, aquel precioso patrimonio que habían heredado de sus padres. De Claravál salieron nuevos exercitos de solitarios, que esparcidos por Europa volvieron á poblar los desiertos; los mayores hombres de aquel siglo se retiraban á ellos á porfia: los mismos Principes prefirieron el oprobio de Jesu-Christo á las pompas de Egypto, y los que habitaban los Palacios de los Reyes despreciaron la pompa de los vestidos preciosos; de Claravál, como de un nuevo Cenaculo, salió una multitud de Pastores ilustres á gobernar nuestras Iglesias; y los hijos de Bernardo llegaron á ser Padres de los fieles: ¡Pero qué hombres fueron, Catholicos, estos Obispos! ¡Qué zelo! ¡Qué sencillez! ¡Qué inocencia! ¡Qué austeridad de costumbres! El Obispado no era para ellos mas que una honrosa servidumbre: brillaban, como Moysés, con un resplandor baxado del cielo, y estaban persuadidos á que no se necesitaba de una vana ostentación de fausto y de sosiego para hacer respetable al pueblo un ministerio de solicitud y humildad. No nos contentemos nosotros, Señores, con envidiar aquel feliz siglo; acordemonos de que solamente á las oraciones de los pueblos se conceden los Pastores fieles, y que la falta de Ministros santos, de que algunas veces nos quejamos, en vez de servirnos de excusa, será algun día nuestro mayor delito.

San Bernardo juntó la fortaleza al fervor de su caridad; no os parezca que era como aquellos Ministros timidos, que con pretexto de honrar á los Grandes se persuaden á que es preciso respetar sus vicios; que desvanecidos con el esplendor que los rodea, y no atreviéndose á exâminar sus acciones, se ponen voluntariamente un velo sobre sus ojos para no verlas, dando á su cobardía los especiosos nombres de moderacion y prudencia. Hay muy pocos Samueles que se atrevan á decir á los que reynan: Principe, ¿no fue el Señor quien te constituyó Rey en Israel? ¿pues por qué no has atendido á su voz? El Señor no hace caso de tus víctimas, ni de la vanidad de tus ofrendas; el sacri-

fi-

ficio mas agradable á su vista es la sumision, y la obediencia. Buen exemplo de esta fortaleza dexó S. Bernardo á la posteridad. Luis el Gordo habia usurpado los derechos de la Iglesia: muchos generosos Prelados clamaron contra esta novedad, pero padecieron la pena de destierro; recurren á nuestro Santo, y éste les dice: Principe, la Iglesia está clamando contra vos en presencia de su Esposo, y se queja de que aquel á quien habia recibido como á defensor suyo, es el que la persigue. ¿Reynais acaso en la tierra mas que para hacer que reyne en ella la justicia y la virtud?

¿Qué públicas señales de penitencia no alcanzó de Luis el Joven su hijo, por las crueldades que habia executado en Vitri? Como un nuevo Ambrosio le declara con valor, que la voz de la sangre que habia derramado clamaba al Señor, y pedia venganza contra él; y con estas generosas reconvenções proporciona otra vez á la Iglesia el feliz espectáculo de un Rey humillado, cubierto de ceniza, postrado á las puertas de sus templos, y renueva aquellos raros exemplares de los Davides y Theodosios.

¿Pero cómo podré yo referir aquí los diversos pasages en que manifestó su valor? El Abad Sugerio, aquel Ministro tan prudente y tan famoso en las historias de la Francia, fue corregido por nuestro Santo acerca de cierta pompa secular, á que poco á poco le habia inducido el ayre de la Corte. La misma Reyna Eleonora, Princesa altiva y mundana, hallando oposicion á sus designios en un punto muy delicado, se reduce por ultimo á ceder al dictamen de S. Bernardo; circunstancia muy rara en una Princesa joven, embriagada todavia con los placeres y grandezas, y que gustaba de dominar en los entendimientos como en los corazones; que se ofendia de qualquiera resistencia, que no hacía tanto caso de la virtud que quisiese sufrir contradicciones. Es cierto que Elías supo hacer alguna vez que el impío Acab respetase la verdad, pero no se lee que Jezabél le perdonase jamás la



libertad de una sola palabra, ni la resistencia que opuso á la injusticia que queria haer á Naboth.

Todos los siglos admirarán las instrucciones vivas y amorosas, y aquella noble libertad que reyna en sus libros de la consideracion dirigidos al Papa Eugenio; es verdad que las grandes virtudes que elevaron á este Pontífice á su suprema dignidad, se habian formado baxo la direccion y disciplina de nuestro Santo, ¿Pero quién ignora que la religiosa sumision que se debe á todo lo que dimana de aquel Augusto trono, y los continuos respetos de que se ve rodeado el Pontífice, le familiarizan muy poco con la libertad christiana, y con unos discursos que no están hechos para lisonjear? Pero la caridad á todo se atreve; y Bernardo, semejante en todo á Samuel, aunque honra al ungido del Señor en presencia del pueblo, no por eso dexa de declararle despues los decretos del cielo.

Los Principes y los Soberanos Pontífices respetaron la libertad del espiritu de Dios en su siervo; y hoy, Católicos, si se halla en el siglo una persona de un nacimiento algo distinguido, quiere que los Ministros de Jesu-Christo usen con ella de unos respetos y unas atenciones indignas de su carácter; se ofenden de su zelo, juzgan que es faltarles al debido respeto el decirlos la verdad desnudamente como al pueblo; como si la santa severidad del Evangelio se dirigiera solamente á las almas vulgares, y como si los vicios de los grandes fueran nobles como ellos, y se les debiera el mismo respeto que á sus personas.

¡Ah! en ninguna parte estuvo libre la culpa del zelo de nuestro Santo; la persiguió hasta el mismo trono. Los vínculos de la carne y de la sangre, que tan peligrosos suelen ser para nuestro ministerio, no pudieron engañar su constancia; su hermana, movida de la fama de sus prodigios, ó acaso de una vana curiosidad de verle, fue á Claravál, pero en vano; luego que vió el Santo la soberbia de sus equipages, y la pompa mundana de que iba rodeada, conoció que estaba muy distante del reyno de Dios; gime con

el ruido de aquella pomposa visita, se encierra en lo mas retirado de su Monasterio, y no obstante el tierno amor que tenia á aquella hermana, y el compasivo espectáculo de su desconsuelo y de sus lágrimas, se niega á verla sino se cubre primero de pudor y de modestia, en lugar de los adornos del siglo con que se presentaba; como otro Moisés, atento solamente á los intereses de la gloria de su Señor, separa á su hermana del campo sin detenerse, y la prohíbe la entrada del Tabernáculo, hasta que esté libre de aquella lepra que cubre su cuerpo, y de aquellas vergonzosas señales de su soberbia é infidelidad.

¡Oh mugeres del siglo! si hoy hallais Ministros mas contemplativos, no os parezca que esto podrá servir de excusa á vuestros errores, porque la flaqueza del Sacerdote no debilita la ley de Dios. Este es castigo de vuestros pecados, y justos juicios de la indignacion del Señor, que castiga las falsas razones que alegais para justificaros en una vida sensual y mundana, contra los avisos de vuestra propia conciencia, permitiendo que haya Ministros que la autoricen.

Finalmente, Católicos, su voz rompió los Cedros del Líbano, hizo temblar los desiertos, y tronó en medio de las aguas, quiero decir, entre los pueblos. Jamás se vió antes de él otro Profeta que tanta autoridad tuviese para reprehender los vicios: Parece que el cielo le havia constituido por Censor de las costumbres de su siglo. ¡Qué discordias no apaciguó entre los Principes con su prudencia! ¡Qué cartas no escribió para restablecer la disciplina y la piedad! en las que hoy se conservan, vemos los inmensos cuidados, y las extraordinarias medidas que le obliga á tomar su caridad; ¡qué estilo! ¡qué expresiones! ¡qué eloquencia tan artificiosa y tan divina! La Francia, la Italia, la Alemania, vieron derramarse por todas partes aquel divino fuego, que Jesu-Christo habia venido á traer á la tierra, y con el que habia abrasado su corazon. El solo fue remedio suficiente para las diversas é infinitas necesida-



des de la Iglesia; y como aquella serpiente de metal levantada en el desierto, no hubo herida que pudiese resistir á su presencia.

Para colmo de sus trabajos no le faltaba mas que la recompensa de los Santos, esto es, las persecuciones y calumnias, pero tambien tuvo el consuelo de experimentarlas: oye las quejas que publicaban los insensatos, atribuyendole el mal éxito de la empresa de los Franceses en la tierra santa; trataban de flaqueza de espíritu y de credulidad los prodigios con que Dios habia acompañado su predicacion, quando excitaba á los Christianos á aquella sagrada guerra: la eficacia de sus discursos, que estuvo á pique de dexar desierta la Francia y la Alemania, inspirando á los pueblos el deseo de alistarse en las Cruzadas, fue tenida por indiscrecion y falso zelo: Pero nuestro Santo, adorando en lo íntimo de su corazón los impenetrables designios de la providencia, se acordaba de los Israelitas, que aunque llamados de Dios á la conquista de una tierra santa, perecieron en el desierto por sus infidelidades; se acordaba de la historia de aquellas Tribus; que empeñados por expresa orden del cielo en destruir á los Bethsamitas, padecieron la afrenta de ser vencidos repetidas veces, y llorando por las culpas de los Christianos, que habian atrahido sobre sí la indignacion del cielo, se afligia mas al ver que los infieles, soberbios con sus victorias, preguntaban con insolencia, ¿dónde está el Dios de los Christianos? y blasfemaban su nombre, que de los ultrages con que procuraban infamar el suyo sus hermanos.

El mundo siempre está dispuesto á censurar la conducta de los Santos, mira todas sus acciones con ojos de rigor y de malicia, les atribuye los malos sucesos de aquellas empresas, en que han tenido alguna parte; y tiene por indiscreto su zelo, luego que este dexa de ser feliz. Finalmente, casi basta el ser justo para no hallar perdon en la tierra. Yo no sé si esto es aborrecimiento á la virtud, ó amor á nosotros mismos. Pero nosotros nunca dexamos  
de

de advertir flaquezas en los Santos, ya sea porque temiendolos por justos queremos que casi dexen de ser hombres, o porque no pudiendo parecernos á ellos, procuramos á lo menos persuadirnos que ellos se parecen á nosotros. Ya habeis visto, Señores, lo que hizo nuestro Santo para restablecer las costumbres y la piedad, ahora os manifestaré brevemente lo que hizo para restablecer la fé y la doctrina, y vereis en este hombre Apostolico el Doctor mas ilustrado y mas humilde de su tiempo: *In lege Domini congregationem iuicavit, & in fide sua probatus est Propheta.* Seré muy breve.

### TERCERA PARTE.

ES verdad que la Iglesia, esta nueva Jerusalém, está fundada sobre unos Santos Montes, y que siempre se han levantado en vano los vientos y borrascas contra sus sagrados muros, porque su esposo la ha prometido que nunca prevalecerán contra ella las puertas del Infierno: con todo eso, aunque es invencible, no siempre está pacífica; sus perseguidores no la pueden destruir, pero pueden afligirla; no teme el que los Conquistadores la obliguen como á una esclava, á que abrace sus Dioses y sus sacrificios, pero puede haber algunos enemigos que alteren su paz, ó que desfiguren la pureza de su culto; y pocos siglos ha habido en que no se hayan levantado algunos de estos; como nació entre los combates y persecuciones, parece que es destino suyo no estar jamás libre de ellas, pero tambien saca utilidad de las heregias, y cismas; debemos la gloria de nuestros Martyres al furor de los Tyranos, y aun tambien somos en algun modo deudores de los preciosos trabajos de los antiguos defensores de la verdad, á los Doctores de la mentira que hubo en sus siglos.

Dios, que destinaba á San Bernardo para que fuese el restaurador de su ley, le habia manifestado en el desierto unos inefables secretos: sin haber tenido  
mas



mas escuela, dice un Historiador de su vida, que las encinas y los montes, y sin mas Maestro que la Divina gracia, se le vió pasar repentinamente de la soledad al mundo, y de la sombra de los bosques á la luz del Sol; su ciencia no fue un conjunto de aquellas vanas noticias, que se adquieren á fuerza de un continuo trabajo, y que despues se comunican sin fruto y sin utilidad; no intentó deslumbrar los espiritus con nuevos descubrimientos, ni adquirir estimacion con aquellos discursos que agradan por singulares, solamente procuró reformar los corazones, y restablecer la fé de sus padres sobre las ruinas de las novedades profanas; finalmente, no fue como aquellos que miran las ciencias como una infame negociacion, y que convierten en ocasion de ganancia, y pretexto de avaricia los dones que están destinados á mantener el culto del Señor, y á honrar sus sacrificios.

Su mas estimado estudio fue el de las Divinas Escrituras: no habia cosa que le pareciese mas digna del espiritu humano que la historia de las maravillas de Dios, que se hallaba en los libros de Moysés; la hermosura de su ley, los divinos extasis de sus Profetas, y la eficacia de los demás Escritores iluminados, se habia comido con tanta ansia aquel sagrado libro y le habia convertido de tal modo en su propia substancia, que en todos sus escritos no sabe hablar sino en aquel divino estilo; en ellos se hallan con tanta abundancia las expresiones de la Escritura Santa, que parecen su estilo natural. ¡Oh santos y piadosos monumentos de su amor á las Divinas Escrituras, preciosos frutos de su talento y virtud aun os conservais entre nosotros, y esto basta para su elogio!

Pero la leccion de las Divinas Escrituras, que era en otro tiempo la mayor delicia de los primeros fieles, cede hoy entre los Christianos á la leccion de unas obras de mentira y de pecado, perniciosas al espiritu, porque le llenan de mil imagenes profanas, y funestas al corazon, en  
el

el que arrojan la semilla de la culpa, que siempre produce á su tiempo frutos de muerte. ¡Ah! ¿No tenemos dentro de nosotros mismos bastantes disposiciones para el mal, sin añadir otras estrañas? Aquel fermento de corrupcion que crece con nosotros, ¿no basta para exercitar nuestra inocencia, sin que procuremos ayudar su malicia? Unas pasiones para las que por nuestra desgracia nacemos con suficiente instruccion, ¿necesitan acaso de los socorros del arte?

Esta ciencia de las divinas Escrituras hizo que nuestro Santo fuese tan temido de los enemigos de la Iglesia. La Cátedra de San Pedro se hallaba hecha presa de un usurpador; Dagón ocupaba el lugar del Arca; un intruso, lleno de hiel y de artificio, se hallaba en el Santuario, y recibia allí los respetos del pueblo de Dios; la fé de las Iglesias suspensa con aquel nuevo espectáculo de dos Pontifices, que pretendia cada uno ser el ungido del Señor, esperaba como en otro tiempo que el mismo Dios la diese á conocer cuál era el que habia escogido; se ignoraba si se habia de adorar en Jerusalém, ó en el monte de Garithzim; el uno gozaba en Roma el fruto de su iniquidad, y rodeado de sus aduladores se hallaba sentado aquel hombre de pecado en el Templo de Dios, quando al mismo tiempo el verdadero Pontifice Inocencio II. arrojado de su Silla, y errante como el Arca de Israel, de provincia en provincia, con un acompañamiento poco decente á su dignidad, llegó por ultimo á Francia, donde halló un honroso asilo baxo la proteccion y piedad de sus Reyes; siempre ha sido muy propio de la Francia el abrir su seno á los Pontifices y Soberanos destronados, y armarse sus Monarcas contra los usurpadores y rebeldes.

¿Qué triste es, Católicos, el estado de la Iglesia quando se halla despedazada interiormente de este modo, y quando se levanta el estandarte de la rebelion y la discordia hasta en el mismo Santuario de la paz y la unidad?



dad? Unos siguen á Cephás, otros á Pablo, y ninguno á Jesu-Christo. Sus dignidades sirven de premio ó de vínculo á la rebelion; en vez de distribuirse sus gracias con magestad, se ofrecen por ruines medios; sus rayos no sirven de castigo al vicio, sino de instrumentos á la pasion; y por ambas partes se procura ganar amigos, no con riquezas de iniquidad, sino con los mismos tesoros del Santuario.

¿Qué escándalo pudo haber mas digno que este del zelo y espíritu de San Bernardo? Se dexó ver en medio de los Prelados del Reyno, juntos en Estampes, para poner fin á la discordia: allí, como otro Daniél, preside á la Asamblea de los Ancianos; los Príncipes, por valermé de las palabras de Job, callan en su presencia, y escuchan atentamente sus juicios; todos los Padres del Concilio, respetando en Bernardo no sé qué autoridad, efecto de la fama de su virtud, se conforman unánimes con su decision, de modo que todos los ojos de aquella ilustre asamblea están mirando atentamente á aquel hombre maravilloso; él solo es el interprete del Espiritu Santo; él solo forma un Concilio entero, y toda la Francia recibe de su mano á Inocencio II. por legítimo Pontifice; en todas partes es el Samuél de su siglo, que en medio de las Tribus congregadas hace que cayga la suerte sobre aquel á quien el Señor habia ungido, y destinado para gobernar su pueblo.

¿Qué penosos viages no hizo á Sicilia, á Italia, y á Alemania, para apagar las reliquias del Cisma, y para juntar las Aguilas al rededor del cuerpo? Aterró á un Principe, cuya autoridad fomentaba la discordia, presentóse delante de él en un Templo, armado con el cuerpo de Jesu-Christo, y le mandó de parte del Dios terrible que tenia en sus manos, que no turbase la paz de la Iglesia; turbóse el Duque de Guiena á vista de un espectáculo tan nuevo; todo su furor se convirtió en espanto, cayó en tierra como Pablo, á vista de aquel Dios cuya

Ma-

Magestad es tan terrible, y del mismo modo que aquel Apóstol, de instrumento que era de un falso Pontifice, se convirtió en vaso de eleccion.

Pero no bastaba haber restituido la paz interior á la Iglesia, era tambien preciso que como Moysés, despues de haber asegurado contra los murmuradores el Soberano Sacerdocio de Aarón, defendiese al pueblo de los engaños de Balaam. En los Concilios de Sens, y de Reims, se admiró la fecundidad de su ciencia, y la fuerza de su ingenio, y se le vió defender allí gloriosamente la antigüedad y sencillez de la fé contra las peligrosas cavilaciones de un Obispo de Poitiers, y contra las profanas novedades de Abailardo.

Este hombre lleno de una ciencia vana, y adornado de aquellos talentos naturales, propios para engañar, y para dar á la mentira todos los coloridos de la verdad, eloquente, agraciado, y artificioso en sus discursos, lleno de vanidad, por hallarse instruido en muchas y diversas materias, habia intentado hacer palpables los mysterios de la fé á la razon humana, y en vez de aquella lámpara que alumbra en un lugar obscuro y tenebroso, introducir una luz que no se nos manifestará hasta que seamos transformados de claridad en claridad; ya los fieles, atraídos de los encantos de su eloquencia, y de la fuerza de la novedad, que es tan propia del espíritu del pueblo, particularmente en materias de religion, empezaban á traspasar los santos límites que nuestros mayores habian tan sabiamente establecido; este mysterio de iniquidad ya no se trataba en secreto, y Abailardo, soberbio con sus felices sucesos, desafiaba publicamente al pueblo de Dios, como aquel Gigante de los Philisteos, diciendo que le presentase un enemigo que fuese capaz de pelear con él; pero la insolencia de aquel Heresiarca disponia nueva gloria á nuestro Santo; concurren ambos al Concilio de Sens, y allí en presencia de los Pontífices del Señor, la ciencia que desvanece, cede á la caridad que



edifica, las palabras artificiosas de la sabiduría humana á la virtud de la Cruz y del espíritu, y el mas soberbio Philosopho de su tiempo á un Escriba instruido en el Reyno de los cielos.

Al acabar de conseguir esta victoria vá volando á Tolosa, en donde un tal Henrique, Monge Apostata, predicaba una nueva doctrina, y oponiendose á la santa institución de los Sacramentos, y á las tradiciones de la Iglesia, disponia ya el camino para el nacimiento de aquellos monstruos que produjo el error en el pasado siglo; los que sofocó inmediatamente un Monarca siempre feliz, en un reyno que casi fué el primero que los vió nacer; ¡pero á dónde me lleva la fuerza del discurso! Un panegirico no es lo mismo que una historia, y aqui es imposible referirlo todo.

Además de que, catholicos, estos pasages no son los mas instructivos de la vida de nuestro Santo; es verdad que estas prodigiosas circunstancias adornan la vida del Santo á quien se alaba, pero no son modelos para ser imitados de los pecadores á quienes se predica; son unos rasgos prodigiosos, pero no ofrecen exemplos; la humildad de San Bernardo en medio de tanta gloria es un pasage de su vida mucho mas propio para movernos. ¡Ah! Una fragil reputacion, en que tiene mas parte el error de los hombres que nuestras buenas prendas, aumenta tanto á nuestra vida la idea que formamos de nosotros mismos; y Bernardo, habiendo llegado al mas alto punto de gloria en que jamás vió la Francia á un hombre particular, está siempre contemplando sus miserias, sin apartar de ellas la vista para mirar las prendas exteriores que le adornan, y la cuidadosa atencion con que todos los hombres le admiran.

Unas veces se niega á aquellas ilustres Iglesias que le escogieron por su Pastor, y mira el trono Episcopal como una Sagrada Zarza, á la que no es lícito acercarse: otras, revestido por los Sumos Pontífices con el caracter de Le-

gado Universal en todo el mundo Christiano, y no hallandose inferior por razon de este nuevo titulo mas que al Soberano Pontífice, presenta, no obstante, respetuosamente su dignidad á los Obispos, obra siempre atendiendo á sus ordenes, no quiere eximirse de la jurisdiccion de esta potestad establecida por Dios, ni permite que los suyos salgan de la ley comun, ni acepten prerrogativas ni esenciones, que aunque es verdad que son utiles en sus principios, y santas en sus fines, con todo eso no dexan de parecerse á aquellos remedios que son casi tan funestos como los males, y cuya necesidad siempre es efecto de la relajacion y tibieza de la Iglesia, porque denota, ó abuso del poder en el Pastor, ó amor á la independencia en los Ministros subalternos.

Otras veces, honrado en Claravál con la visita de un Soberano Pontífice, acompañado de una magnifica y numerosa Corte, sale á recibirle á la frente de sus Religiosos, todos con los ojos bajos, guardando un profundo silencio, y manifestando en sus rostros, en medio de una solemnidad tan extraordinaria, la imagen de la penitencia, y del recogimiento, con cuyo espectaculo se enterneció el Soberano Pastor; y el Santo Abad, conservando un semblante tranquilo y sosegado, manifestandose casi insensible á un honor tan extraordinario, merepresentaba la memoria de aquel Profeta de Israel, que visitado por Naamán en su soledad, yendo este rodeado de magnificencia y grandeza, ni aún se dignó de mirarle; y ocupado solamente en las desgracias de Israel, y en el cuidado de aplacar la indignacion de Dios, que tan irritado estaba con su pueblo, casi no reparó en la dignidad de aquel Principe, y en la pompa de que estaba rodeado.

Otras veces, finalmente, aunque no conversaba con los hombres, sino para fijar su conversacion en el cielo, se quejaba continuamente á sí mismo, y á sus amigos, de las distracciones de su vida, y miraba los servicios que hacia al público como prevaricaciones de sus obligaciones



particulares. Yo no vivo, decia, ni como Eclesiástico ni como Lego, porque há mucho tiempo que aunque visto el habito de religioso, no hago vida de tal; ¿pues qué es lo que soy? No soy mas que un prodigio, y un monstruo de mi siglo, y así; ¡quántas veces, pesaroso de que los Reyes de la tierra iban á consultarle á su desierto, y á turbar el sagrado sosiego de su sepulcro, los respondió como Samuél á Saúl! ¿Por qué habeis de querer resucitar para el siglo á un hombre que está sepultado en la region de los muertos? *Quare inquietasti me ut suscitarem?* (a)

Estos son, Catholicos, los pensamientos de temor y humildad que siempre acompañaron á las mas heroycas acciones de los Santos. La caridad tiene, como el amor propio, sus errores y sus engaños, aunque piadosos é inocentes; el amor propio y la gracia casi nos desfiguran igualmente á nosotros mismos; y así como la seguridad de la mayor parte de nuestros vicios consiste en la falsa idea que de ella nos formamos, del mismo modo, las virtudes de los Santos muchas veces no están seguras sino bajo las engañosas imagenes con que ellos se las representan.

Y así vosotros, Catholicos, mirais la vida del siglo, los peligros de las conversaciones y tratos familiares, las pecaminosas diversiones de los teatros, el ocio é inutilidad de vuestras obras, y la continua variedad de placeres, como unas diversiones inocentes, y unos inevitables alivios para la flaqueza humana: los trabajos de la caridad, y las obras exteriores de misericordia, les parecen á los Santos que son llamados á ellas, unas inquietudes peligrosas para el recogimiento de su alma, y obstaculos que se oponen á los secretos consuelos de la gracia; y así el engaño de San Bernardo llegaba hasta persuadirse que su vida era monstruosa, porque las necesidades de la Iglesia,

(a) 1. Reg. 28. v. 15.

y la vocacion del cielo le ponian en unos empleos de inquietud, poco conformes con el silencio y retiro de un Solitario; y vuestros Ministros, ¡ó Dios mio! se engañan de tal modo, que llegan á persuadirse que son compatibles su vida secularizada, y sus profanas costumbres con las tremendas obligaciones del Sacerdocio! ¡Ah Señor! casi tratamos de flaqueza en vuestros Santos los errores de su humildad, y al mismo tiempo miramos como acciones prudentes y meritorias los errores de nuestras pasiones; deshaced, Señor, este funesto encanto, y abridnos los ojos de nuestros corazones, para que no saliendo de vuestros caminos, sigamos las huellas que nos han dejado vuestros Santos, y lleguemos como ellos á la feliz inmortalidad. Amen.





SERMON  
PARA EL DIA DE SAN LUIS  
REY DE FRANCIA.

*¿ An nescitis quoniam Sancti de hoc mundo judicabunt ?*

*¿ No sabeis que algun dia los Santos han de juzgar al mundo ? 1. Cor. 6. v. 2.*

**S**I solamente la ley de Dios hubiera de juzgar al mundo, Catholicos, pudiera éste oponer á su condenacion los obstaculos casi insuperables, que cada uno de nosotros halla en su estado para la práctica de las obligaciones que se nos señalan; pudiera acusar de injusticia á la ley, porque nos manda muchas cosas que parecen incompatibles con las diversas circunstancias en que solemos hallarnos, por razon del nacimiento, de la fortuna, y los puestos eminentes; y la ley de Dios, que tan justa es en sus juicios y preceptos, no podrá justificarse en presencia de la falsa prudencia de los hombres; por eso nos advierte el Apostol, que los justos de todos los estados han de parecer al lado de Jesu-Christo, que serán defensores de su ley contra todas las vanas excusas de los pecadores, y que su exemplo juzgará al mundo, por no haberle querido imitar.

Pero este derecho de juzgar al mundo no convendrá á todos igualmente; parece que no basta haberle despreciado y pisado para tener derecho á condenar á los que le aman, es preciso tambien haber vencido todo su esplendor, su pompa, su magnificencia, sus placeres, y haber resis-

ti-

tido á todos sus peligros para poder confundir todas sus excusas.

De este modo juzgó ya anticipadamente al mundo el Santo Rey, á quien amó en otro tiempo la Francia como á su padre, y á quien hoy venera como á su Protector; no puede oponer el mundo excusa alguna á las obligaciones de la ley, que no se halle confundida con este grande exemplo; qualquier pretexto contra la virtud halla aqui su condenacion; se desvanecen las vanas razones de la clase, del nacimiento, y de los empleos, sin que ya puedan alegarse por excusas; y el mundo, obligado á respetar la santidad ya no tiene que decirnos para dorar sus desordenes, ó para justificar sus costumbres.

Dos errores reynan en el mundo contra la verdadera virtud. Primeramente se mira esta como incompatible con aquellas prendas brillantes y heroycas, que dán estimacion entre los hombres, y que nos hacen dignos de ocupar con honor los primeros puestos. En segundo lugar; miramos la distincion del nacimiento, y los puestos eminentes, como privilegio que nos dispensa de los penosos ejercicios de la virtud: esto es, nos figuramos la virtud casi como una flaqueza que ó deshonorá á los Grandes, ó nos inhabilita para los grandes empleos: *primer error*: nos persuadimos á que la elevacion permite un genero de virtud mas acomodada, y en la qual es permitido gozar de todos los placeres, y seguir todas las costumbres que aprueba el mundo, y que condena la ley de Dios: *segundo error*.

Hoy pues, intento, no tanto alabar las virtudes de nuestro Santo Rey, como proponeros su exemplar vida con la que condena estos dos errores del mundo. Primeramente, en la virtud halló la raíz de todas aquellos heroycas prendas que le hicieron el mayor Rey de su siglo; en segundo lugar, en su dignidad real halló nuevos motivos para ejercitarse en las mas austeras obligaciones de la virtud: esto es, fue un gran Rey en presencia de los

hom-